



## LA PRECIOSA SANGRE.

*Hic est Sanguis meus.*  
Esta es mi Sangre.

### I.—ADORACIÓN.

**C**REO de todo mi corazón, con la Iglesia Católica, que toda vuestra Sangre, oh Jesús Salvador y Dios mío, está contenida, está presente en el Santísimo Sacramento: presente en vuestro Cuerpo oculto bajo las especies, como en vuestro Cuerpo sentado en el trono del cielo; yo la creo presente y animada, viva y glorificada, circulando á través de vuestras venas; Sangre verdadera, humana y divina juntamente, humana por su naturaleza, divina por su unión al Verbo.

La adoro como á la Sangre de mi Dios; creo que cada una de sus gotas está unida al Verbo, inmediatamente, sin separación posible, y verdaderamente divinizada por este maravilloso contacto y unión inefable.

La adoro y la contemplo con la admiración de mi fe, en su esplendor y en su hermosura: es una sangre purísima, luminosa, incorruptible, penetrada por la vida inmutable y gloriosa de la resurrección.

La adoro y la amo con la alegría de mi corazón, porque es una sangre verdaderamente humana y de la misma naturaleza que la mía, es la Sangre tomada de María, que corrió de su corazón, que se alimentó y aumentó con la leche de María, y que guarda siempre, por un maravilloso privilegio del amor de su Hijo hacia su Madre, el perfume virginal de su fuente inmaculada.

La adoro y la venero con un santo temor, porque es la Sangre del dulce Cordero degollado á causa de mis pecados; ella se escapó de las venas de Cristo con inmensos dolores, y cubrió el polvo y las rocas de la gruta de la agonía, cayó sobre las manos, de los verdugos, tiñó las cañas de la flagelación y la espigas de la corona, dejó sus huellas sobre las gradas



del Pretorio y en las calles de Jerusalén, sobre los clavos y el árbol de la cruz, sobre el velo de María y sobre la túnica de Magdalena: allí y en todas partes donde existía una gota de ella, los Angeles fueron á recogerla y la vertieron en las venas del Salvador en el momento de su resurrección: el Sacramento contiene toda la Sangre derramada por amor al hombre y por la expiación de sus crímenes.

La adoro en el triple estado que reviste en la Eucarístia: creo que está presente en su totalidad en la Hostia del Tabernáculo, animando allí la vida perpetua de Jesús y haciendo resplandecer sus cinco llagas adorables.

Creo que es derramada bajo la apariencia distinta del vino en el Sacrificio, reproduciendo así el acto final que la separó del Cuerpo de Cristo y dió la muerte al Salvador; pero al mismo tiempo la creo presente bajo una y otra apariencia, inseparablemente unida á la carne del Salvador y á su divinidad.

Creo, por último, que se da real y totalmente en la Comuni6n; creo que permanece en el que comulga, para vivificar, refrescar y fecundizar su vida sobrenatural, mientras duran las Santas Especies. — En todas partes es la sangre verdadera, santísima, preciosísima y

divinísima del Hijo de María, del Hijo de Dios; la sangre del Salvador resucitado y glorificado. ¡Seanle dadas adoración, alabanza, honor y bendición.

## II. — ACCIÓN DE GRACIAS.

Dad gracias, agradeced, entrad en la admiración del reconocimiento ante las prodigalidades y las eficacias benéficas de la Preciosa Sangre: todas las efusiones de esas prodigalidades son para nosotros; para nosotros también y por nuestra salud son todos los maravillosos efectos de esas eficacias omnipotentes.

¡Sus prodigalidades! — Ella ha corrido desde la cuna bajo el cuchillo de la circuncisión: era el nacimiento bullicioso de una fuente que va á desbordarse.

Ella se desborda, en efecto, durante la Pasión. ¡Cuántos torrentes llenos de sus olas impetuosas!

Sangre de su rostro y de todo su cuerpo, bajo el peso de la agonía en Getsemaní.

Sangre de su frente bajo las espinas de la corona.

Sangre de sus espaldas bajo los crueles golpes de la flagelación.



Sangre de sus manos y de sus pies bajo la punta de los clavos que lo suspenden á la cruz.

Sangre de su corazón agotado hasta su última gota bajo el hierro de la lanza.

Y toda esa sangre derramada sucesivamente por tantos conductos hasta su completo agotamiento, la derrama y la vierte por completo y de un solo golpe en cada una de las Hostias consagradas que cubren la superficie de la tierra.

En todos los cálices, todas las mañanas y á toda hora del día y en todas las partes del globo se derrama de nuevo, se entrega y se ofrece á su Padre: ¡por mí!

En mi pecho se derrama cada día con toda su plenitud, sin enfriarse, sin disminuirse ni reservarse; ¡y está en mí, por mí y para mí!

Y si mil, si cien mil se acercan á comulgar cada día, multiplica sus efusiones para darse á todos: no obstante esto, cada uno la recibe no menos plenamente, y todos beben en el mismo cáliz y se abreven en él, y absorben hasta la última gota.

Y de esa Sangre tan pródigamente derramada, cada átomo vale más que un mundo, y cada gotita es capaz de salvar á todos los hom-

bres, de vaciar el Purgatorio y de hacer la felicidad del Cielo por toda la eternidad!

¡Ah! ¿Cómo bendecir bastante las reales y divinas prodigalidades de la Preciosa Sangre?

Y ¿cómo escribir, cómo alabar dignamente sus maravillosas eficacias?

Ella purifica; ella es quien ha lavado al mundo de sus crímenes y quien diariamente purifica á las almas, derramándose en ellas por todos los sacramentos, especialmente por el de la Eucaristía: porque es el vino de la virginidad.

Ella fortifica; ella es un vino generoso, refrigerante, un elixir de vida; ella aviva las facultades del alma, aguza la inteligencia, afirma la memoria, conforta el corazón y le llena de entusiasmo, de ardor y de generosidad.

Ella regocija; ella embriaga, dilata el corazón, rechaza la tristeza, disipa los sombríos pensamientos, quita el miedo, reanima la desesperación.

*¡Dedit et tristibus Sanguinis poculum!*

Ella cura; ella cicatriza las llagas del pecado, repara los males causados por los hábitos inveterados; es un colirio y un bálsamo efficacísimo para todas las llagas del alma.

Es la leche de los niños, como el vino de los



fuertes; ella encanta, consuela, y está llena de suavidad y delicias.

Es el agua pura y sana, fresca y limpia, por la cual suspira el ciervo sediento y el viajero fatigado; ella mitiga la fiebre de la sangre, templá el fuego de las pasiones, de la cólera, de la soberbia y de la concupiscencia, el alma la bebe, se baña con ella, se sumerge en ella y halla la vida.

Jesús, que habéis depositado en el vivificante licor de vuestra Sangre preciosa todas las virtudes, todos los sabores, todos los bálsamos, todos los encantos y todos los excesos, ¡ah! bendito, alabado y glorificado seáis por tan inenarrable don.

Á vuestra sangre debo mi bautismo;

Á vuestra sangre mi primera comunión;

Y mi comunión de cada día;

Y la absolución que me levanta cuantas veces caigo.

Y todas esas gracias que me previenen, me excitan y sostienen, iluminando mi inteligencia, fortificando mi voluntad; toda la savia de mi vida sobrenatural, con las ardientes emanaciones que la fecundan, los rocíos que la refrescan, los socorros que la defienden, todo me viene de vuestra sangre adorable, derramada

una vez sobre el Calvario y todos los días sobre el altar!

Á vuestra Sangre deberé mi cielo y vuestra vista, y vuestra posesión y la gloria y la dicha sin fin.

¡Ah! ¿Qué daré á vuestra sangre por tantos beneficios?

La beberé de nuevo y todos los días de mi vida en el cáliz eucarístico, hasta que la beba sin interrupción en la copa de oro del eterno banquete.

### III.—PROPICIACIÓN.

Las efusiones de vuestra Sangre, oh Jesús, Salvador mío, tan saludables y benéficas para mí, han sido siempre para Vos, dulce Cordero, ó llenas de dolor ó llenas de humillación; dolor, durante vuestra vida; humillación, en vuestra Eucaristía.

Si vuestra Sangre se derrama bajo el hierro de la Circuncisión, es con un excesivo dolor para vuestra Carne tierna de niño.

Si corre en Getsemaní, en gotas frías que pronto forman torrentes sobre vuestro Cuerpo y sobre la tierra en que agonizáis, es el furor de los terrores, de las angustias, de una tristeza



mortal, lo que os agobia y la hace brotar de vuestras venas.

En el pretorio, es el martirio de más de tres mil azotes que os hieren el cuerpo y descubren vuestros huesos; pero ¡con qué sufrimientos!

Y cuando las espinas fueron á buscarla en vuestra frente y en toda vuestra adorable cabeza, traspasándola de parte á parte, ¡qué torturas en este centro de la sensibilidad humana!

¡Y cuando vuestras rodillas se abrieron hiriéndose en las piedras de los caminos contra las cuales os arrojan bruscamente el peso de la Cruz y las brutalidades de los soldados y vuestra propia debilidad!

Y cuando los clavos os atravesaron las manos y los pies, desgarrando los tejidos, quebrando los músculos y los huesos, ¡qué sufrimientos, qué crueles torturas, qué conjunto de todos los dolores y de todos los tormentos!

Y sin embargo, las crueldades de vuestros enemigos no hacían brotar tanto vuestra Sangre adorable como vuestro amor, que obligado por su ternura y abnegación por nosotros, la hacía brotar.

¡Y ahora la derramáis en la Eucaristía! Sin sufrimiento, mas no sin humillación; es preciso que os cueste siempre para derramarla, y

que sus efusiones sean siempre el esfuerzo de un amor heroico que se olvida á sí mismo hasta la inmolación. Está humillada por los anonadamientos del estado eucarístico: mientras que en vuestro Cuerpo glorioso en el cielo, ella aparece llena de calor, de movimiento y de vida, colorando vuestras mejillas, llenando vuestras venas, manifestándose por los transportes de alegría de vuestro Corazón, aquí está oculta, reducida, silenciosa, sin apariencia, sin vida, incapaz de afirmarse, de manifestarse, y privada de aquella función esencial de la Sangre que hace su valor y su gloria; es decir, vivificar los miembros humanos, y hacerlos vigorosos, activos y resplandecientes de salud. Y he aquí que, á causa de este estado de anonadamiento, la humillación se une á la humillación para hacerle desconocer y olvidar totalmente.

¿Cuántos de los que conocen vuestra Eucaristía piensan en adorar en ella vuestra Sangre preciosa, oh Jesús, y en rendirle ese culto de honor, de reconocimiento y de amor que por tantos títulos merece? ¿Cuántos saben distintamente su presencia, su naturaleza su acción y sus cualidades gloriosas? Y sin embargo, esta Sangre preciosa está presente en la Sagrada Hostia y le da sus eficacias saludables.



¿Qué decir de todos los que, habiéndose apartado del camino de la Santa Mesa y habiendo abandonado de hecho la Eucaristía, no rinden ya á vuestra Sangre el culto que su título de cristiano y vuestros derechos de Salvador les hace, sin embargo, un deber absoluto de rendirlo?

Es una nueva humillación para esta Sangre generosa derramarse en vuestras almas tan frecuente y abundantemente, sin llegar á sacudir su apatía, á calentar su frialdad; en una palabra, sin poder hacerlas vivir de una vida sobrenatural, activa y generosa: esta es la humillación de la esterilidad para el principio más activo de la vida.

Es una humillación que va hasta el insulto, el ultraje y la ignominia aquella que sufre vuestra preciosa Sangre cuando es recibida en corazones sacrílegos, donde es puesta en contacto con su Sangre impura, en la cual están en efervescencia todas las corrupciones.

¡Ah! ¡Yo he abusado mucho de vuestra Sangre, oh Jesús, que la derramáis al precio de tantos sufrimientos y humillaciones!

¡Yo he abusado de ella y la he profanado; no me he aprovechado de ella y he anulado su poder; cada uno de mis pecados ha sido un

ultraje á vuestra sangre adorable, una mancha que le he impreso, una ignominia que yo le imponía; y si he comulgado indignamente una sola vez, me he hecho «indigno de la Sangre del Señor», según dice San Pablo!

Quiero reparar de hoy en adelante por la huida del pecado, por la recepción fiel y frecuente de la comunión; quiero conocer y honrar vuestra Sangre; prestarme con una generosa cooperación á la obra santificante que acaba de hacer en mí.

Hay además un crimen gravísimo que se comete contra la Sangre Eucarística de Jesús, y una profundísima humillación que se le hace, y es la falsificación del vino destinado al Santo Sacrificio. El vino es especialmente la especie de la Sangre; es inmediatamente consagrado y cambiado en la Sangre de Cristo; es, pues, una injuria directa la que se le hace cuando por avaricia, cálculo interesado, ó cualquier otro motivo, no se ofrece á la acción consagrada más que un vino inferior, mezclado ó falsificado. Y por este tiempo de mercantilismo á plazo, en que la conciencia pública sufre tan graves atentados, ¡cuán á menudo se comete este crimen! Toda alma que comprenda el precio de la Sangre del Salvador, querrá re-



parar este atentado, en la medida de lo posible. Sacerdotes, tengamos el mayor cuidado en la elección del vino del Sacrificio; procuremos que sea siempre mejor y más puro que el de nuestra Mesa: simples fieles, concurramos á esta reparación proveyendo á nuestros Sacerdotes, en proporción á nuestros medios, un vino purísimo, fruto de nuestras economías y de los sacrificios que nos impondremos para ofrecer al Señor esta oblación de tan agradable olor.

#### IV.—SÚPLICA.

Os rogamos, Señor, vengáis al socorro de vuestros siervos, que habéis rescatado con vuestra preciosa Sangre: *«Te ergo quæsumus, tuis famulis subveni, quos pretioso sanguine redemisti.»*

Roguemos, pues, por la preciosa Sangre de Jesús: la Sangre de Jesús es una voz de misericordia y de perdón: *Melius loquentis quam Abel*; es la voz del Pontífice y del Supremo Mediador, voz poderosa porque es la sangre del propio Hijo de Dios; voz que no se calla, puesto que sus llagas le representan siempre á

los ojos del Padre; voz que cada día y á cada instante del día hace oír, inmolándose en el Santo Sacrificio, una oración más solemne, la oración de todo el pueblo cristiano; voz que sale del corazón de cada hombre que recibe la comunión, el cual puede presentar á Dios la Sangre de Jesús como su propia sangre.

¡Ah, qué concierto de oración perpétua, universal, ardiente, humilde y sacrificada, sale de todas las Hostias consagradas, en cada una de las cuales pide, suplica, intercede con todo el amor, todo el ardor de que es capaz, la Sangre de Jesús!

Pidamos por la preciosa Sangre de Jesús: es un rescate y el precio de todas las gracias que necesitamos obtener. Ella ha pagado todo de antemano y superabundantemente; gracias de conversión, de arrepentimiento, de luz, de libertad; gracias para perseverar y gracias para adelantar; gracias de la vida y gracias de la muerte. El cielo mismo y la gloria misma nos ha sido conquistado, ganado y pagado por la Sangre de Jesús, porque es de un precio infinitamente superior á todo esto. Ofrezcámosla, pues, y paguemos con esta Sangre, porque es nuestra: su pureza, su generosidad, su valor intrínseco, sus dolores, sus humillaciones, los



tenemos en nuestras manos, sirvámonos, pues; de ellos con confianza.

Por nosotros mismos no podemos nada, con la Sangre de Jesús, todo lo podemos.

Sí, podemos y debemos ofrecer la preciosa Sangre de Jesús, encerrada en todas las Hostias del mundo; y más aún la Preciosa Sangre que anima las Hostias de nuestras Comuniones, para glorificar á la Santísima Trinidad, regocijar al cielo, á los ángeles y á los Santos; para hacer temblar de una alegría siempre nueva al corazón de María; para refrescar el Purgatorio, difundir en él una día más claro de esperanza y dar libertad á sus queridas prisioneras; por la conversión de los infieles del mundo entero; por todas las necesidades de la Santa Iglesia, por todos los pecadores: allí está nuestro derecho, también nuestro deber; y bajo para de desperdiciar el talento magnífico é inagotable que nos ha sido confiado, lo debemos cumplir con toda fidelidad y confianza.

¡Pidamos, pues, intercedamos, paguemos con la Sangre de Jesús; pues es la Sangre de la victoria, de la redención, de la resurrección y de la vida eterna!



## EL CORAZÓN DE JESÚS EN LA EUCARISTÍA.

### I.—ADORACIÓN.

Una vez que el Santísimo Sacramento estaba expuesto, Jesucristo, mi dulce Maestro, se presentó á mí resplandeciente de gloria, con sus cinco llagas brillantes como cinco soles, y de su sagrada humanidad salían llamas de todas partes, pero sobre todo de su adorable pecho, que se asemejaba á un horno, el que, habiéndose abierto, me descubrió su amante y amable Corazón, que era la viva fuente de aquellas llamas.

**J**esús, Salvador y Dios mío, verdadera y realmente presente sobre este altar, permitidme, os lo suplico, penetrar, á través de las apariencias de vuestro Sacramento, hasta vuestro adorable Corazón.... Helo allí!